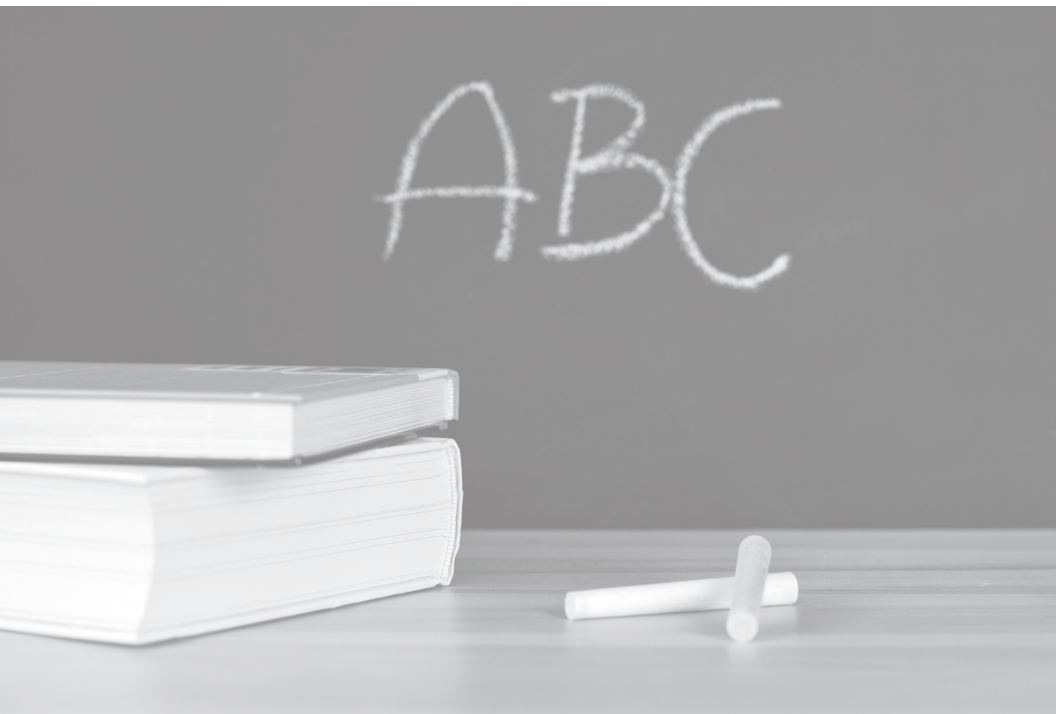


# LA FELICIDAD Y LA ESCUELA



*Alberto Gárate Rivera*

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”

*La felicidad y la escuela*

Texto de Alberto Gárate Rivera  
Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”  
Programa Editorial del CETYS Universidad  
Mexicali, Baja California, agosto de 2018  
Primera edición digital, septiembre de 2018

[www.cetys.mx/programa-editorial/](http://www.cetys.mx/programa-editorial/)  
[programa.editorial@cetys.mx](mailto:programa.editorial@cetys.mx)

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

*Y la urgencia del profesor en que me convertí fue curar el miedo de mis peores alumnos para hacer saltar ese cerrojo, para que el saber tuviera una posibilidad de pasar.*

Daniel Pennac (*Mal de escuela*)



**E**stos cincuenta años de vida de Rosa pudieran reducirse a una frase que ella expresa justo cuando el sol enciende el cerro en el poniente de la ciudad. Frase que carga todo el desconsuelo de una mujer que no termina de trabajar, de salir de deudas, de enfrentarse al analfabetismo del que no sabe cómo hacerle para que sus hijos no se los gane la calle; mujer que no encuentra la paz en el lecho al que llega a la medianoche.

—No soy feliz, te lo digo y así se los digo a ellos. No soy feliz porque estoy triste, de mis tres hombres que supuestamente me van a mantener cuando esté viejita; lo único que hice de ellos es una bola de parásitos, es lo único que me da mucha tristeza. ¿En dónde queda todo el esfuerzo de una persona por querer formar hijos de bien?

Esa pregunta baila en su conciencia y en la del que la escucha. Sus ojos negros que no saben mirar de frente reflejan esa frustración que la acompaña a todos los sitios. No es una mujer que tenga un sufrimiento existencial. No hay un daño profundo por la pérdida, hay un dolor por no saber lo que es sentirse realmente or-

gullosa por algo, por alguien. Es la desigualdad que no le dio muchas oportunidades, y las poquitas que pudo tener, no supo cómo alfabetizarlas. Y es que, en ese espacio donde las diferentes son tan iguales, hay algunas que sí educan una oportunidad y desde ahí le construyen otro sentido a la vida. Y así, podemos ver que es curioso cómo hay algunas historias personales que escapan a la explicación sociológica, como la de otra mujer, la de la niña seriecita que, con sus dieces, le construyó otro mundo, aparentemente uno paralelo, en ambientes muy semejantes al que ha vivido Rosa. El relato me lo contó esa señora, y lo hizo de un sólo aliento, como cuidando que no se le escapara ni una sola palabra con la que formaba su mundo de orgullo. Lo cuento.

§

También a veces la felicidad nos viene y no sabemos de dónde. La recuerdo pequeña y menudita. De pocas palabras y de mirada tierna. Ordenada y orientada siempre a la tarea. Nunca dijo que le gustaba la escuela —al menos yo no lo tengo registrado en la memoria— pero hacía todo como si ésta hubiese sido su pasión en la infancia y en la adolescencia. Su caligrafía era la viva imagen de ella: limpia, clara, perfecta, sin ir más allá; es decir, no era creativa, innovadora, inventadora de historias. Las tablas de multiplicar y las sumas, restas y divisiones las realizaba sin un margen de error. En contraparte, en el recreo, cuando intentaba regresar la pelota, casi siempre se estrellaba en la red de la cancha de voleibol. En los

exámenes trimestrales no encontrabas un tache y el 10 colocado en la parte superior de la derecha de la primera hoja, lucía flamante. En cambio, nunca representó a la escuela en una competencia de poesía de la zona escolar. Para esas cosas su talento no aparecía, lo tenía empeñado en aprender las capitales de los países y en saber que Hidalgo dio el grito de la Independencia una noche de un 15 de septiembre. Con sus pasajes transparentes y otros un tanto nebulosos, la escuela estaba hecha para ella y los seis profesores que tuvo en la primaria la quisieron, incluso ese par de docentes sin vocación que estuvieron en un salón de clases por equivocación. Todos ellos deseaban que el resto de los 30 niños a los cuales tenían que enseñar, fueran como ella. El halago era mayúsculo.

En su historia no hay saltos gigantescos ni caídas al precipicio. Mentalizada a ser buena en la escuela, fue encontrando en cada nota evaluativa el placer del éxito, reafirmado por una madre pertinaz en la importancia que le otorgaba a la escuela. Cuando llegó la graduación en el sexto año, no había manera de que no fuese así: ella debía ser la más destacada en aprovechamiento escolar. Su madre presagiaba que algo acontecería en la escuela esa tarde de graduación. Por ello se puso su vestido menos usado, se enchinó el pelo y bañó a todos sus hijos, los ocho que ya tenía en ese momento. Cargando con ellos y con un marido hosco y un tanto incrédulo, se fue a la primaria a presenciar la graduación de su hija, la segunda que graduaba de esa escuela urbana pública ubicada en el corazón de una de las colonias más antiguas y populares de Mexicali.

El jolgorio típico de una ceremonia de fin de cursos flotaba en ese ambiente de verano por la tarde. El junio de aquellos años de la década de los setenta todavía no dejaba entrar a un asfixiante calor de cuarenta grados. La explanada lucía llena de niños uniformados y de padres de familia. La ceremonia, programada para las seis de la tarde, dio inicio cuarenta minutos después y ese retraso parecía no importarle a nadie. El primer número fue el de los honores a la bandera; luego alguien declamó el “México, creo en ti”. Después unos bailables folclóricos encabezados por el “Jarabe tapatío”. La maestra de danza cruzaba los dedos para que el disco aguantara una tocada más antes de rayarse. Al fin seguía el segundo de fama de cada alumno que pasaría por una hoja blanca enrollada y sujeta con un listón de color. Ése y no otro era el documento que entregaba la escuela. El certificado oficial llegaría semanas después.

Conforme el evento avanzaba, la madre de la niña inteligente batallaba más para controlar a sus hijos pequeños que querían correr por media explanada. En ello estaba cuando el maestro de ceremonias invitó a hacer uso del micrófono al director de la escuela. Éste dio un par de consejos a los graduados y luego señaló que la escuela entregaría el mayor reconocimiento académico al estudiante más destacado de la generación. El silencio invadió el espacio lo mismo que las primeras sombras de la noche. El director nombró a nuestra protagonista, y su madre, al escuchar el nombre de ella, se cimbró en toda su humanidad. Cien adolescentes egresaban de esa



escuela y era a su hija a quien el director entronizaba como la alumna más destacada de la generación.

Ese detalle podría parecer nimio y sin peso para un relato sobre éxito escolar. Sin embargo, tuvo repercusiones profundas. Esa mujer/madre nunca había ganado nada; nunca fue protagonista de nada; nunca llegó en primer lugar en una carrera atlética; nunca ganó un concurso de dibujo; nunca fue la voz principal de un coro en la iglesia y desde muy pequeña el destino le descarnó una verdad absoluta: nunca estudiaría una carrera universitaria. Vivió esos primeros 35 años de su existencia casi al margen, no en el precipicio, pero sí en una suerte de clandestinidad social y cultural. Vivió teniendo hijos, cuidando su casa y jugando a la lotería o al voleibol con los jóvenes de su barrio, negándose lo más posible a volverse una señora. Por todo ello, al ver que ese ser de su sangre, la pequeña del rostro serio, de las escasas palabras y de la mirada cristalina caminaba por el centro de la explanada, acompañada por un insoportable temblor en las rodillas que la invadió todita mientras llegaba al sitio donde el director la esperaba para entregarle su diploma, lloró con una emoción de orgullo insospechado.

Nadie le explicó lo que era llorar así, y no hacía falta. Por primera vez en esos años de criar hijos, sus intuiciones le deban la razón y con ese diploma que se llevaba a casa, empezó a construir sus certezas. La primera, por encima de tantas otras, el llevar a sus hijos a la escuela, a todos los 10 que tuvo. La segunda, el reconocimiento que se llevaba a casa, el máximo logro obtenido hasta ese

momento por alguno de sus hijos le daría razones y fuerza para blindar a su familia de los peligros del barrio, específicamente de esos despeñaderos continuos de niños y adolescentes que abandonaban la escuela y se convertían en ramas marchitas de un árbol enfermo. La tercera, la certeza se le vino como una iluminación: los éxitos de sus hijos en la escuela serían los de ella. Cada diploma y cada medalla que llegara a casa, la llevarían a imaginarse en esa precaria escuela rural del *terre*, su pueblo situado a las faldas de un cerro en Sinaloa, a escuchar su nombre y a caminar por esa empolvada explanada con el temblor insoportable en las rodillas a recoger su diploma, por ser la estudiante más inteligente del tercer año.

Digo yo que la madre/mujer reafirmó con ese reconocimiento un principio pedagógico fundamental: sentar en sus rodillas a sus hijos cada que regresaban de la primaria para preguntarles, viéndolos a los ojos:

—Hijo, ¿cómo te fue hoy en la escuela?

Y lo escuchaba, y le abría el cuaderno y lo revisaba, y lo festejaba con un abrazo cálido cuando veía el 10 en el extremo derecho de la hoja de ejercicios. Y luego le decía:

—Ya te veo cuando seas grande, todo un licenciado.

Y sí, a veces la vida tiene una simplicidad como esa. Y sí, a veces la escuela está a la altura de madres como esa, mujeres que con intuiciones construyen promesas.

§

Rosa me dice que ella no tuvo la misma suerte, que ninguno de sus hijos fueron nombrados en la ceremonia de

graduación de la primaria. Que ella se contentaba con que fueran pasando de años y nada más. Por otra parte, ninguno de ellos se pensó, como lo dice Daniel Pennac en su libro *Mal de la escuela* (2009), como un zoquete. Ser zoquete para Daniel en una familia sólida en la perspectiva sociocultural, lo llevó a concluir una carrera universitaria y a convertirse en profesor para sacar de la “zoquetería” a tantos alumnos que les daba miedo el conocimiento. El entorno familiar y ambiental lo espoléaba a convertir sus aparentes carencias en el desarrollo de habilidades cognitivas, en la necesidad de fortalecer el carácter. Con él como escudo, pudo alcanzar el éxito escolar, no como estudiante, sino como profesionalista. Rosa no tuvo a ningún Daniel Pennac en su familia. Sus hijos cargaron con el fardo transgeneracional del abandono escolar.

—Ya le he platicado que yo no fui a la escuela. Mi nana me llevó un día y luego, cuando la maestra le pidió cuadernos y colores, no quiso gastar en eso. Ya viviendo en Mexicali, una vecina que era profesora del INEA me invitó a estudiar la primaria. Me llevó todos los libros, yo me acuerdo de que los terminé, pero nunca me dio diploma ni nada, pero yo supuestamente terminé esos libros. Luego volví a estudiar cuando nos vinimos a vivir a esta casa. El INEA organizó un grupo de adultos de la colonia. Éramos bastantes los que estábamos interesados en estudiar. Me dieron el libro y no se hacía nada. Tarde tras tarde era lo mismo. Para qué perder el tiempo, me dije, pues mejor me voy a trabajar. Y la abandoné. Cuando trabajaba en la fábrica Bosch, ellos

nos mandaron a la escuela, pero la muchachita nada más platicaba puras cosas de su vida, entonces yo fui y me quejé y me pusieron en un cuarto. “Ahí estudia tú, Rosa”, me dijeron, ¿y qué estudio?, si yo no sé qué voy a hacer, ¿cómo le diré?, yo confundo la “b” y la “d”. Yo te escribo una carta; pero va a estar difícil que le entiendas. Sí quisiera estudiar, pero primero necesito comprar lentes; no miro bien y, la verdad, prefiero trabajar.

No había manera de romper un lazo transgeneracional. Abuelos y padres sin escuela, ella sin talento para sacarse dieces, había pocos argumentos para esperar algo distinto con los hijos.

—A mis hijos les decía: “¿Quieren verse como yo?”. Y me respondían: “No, pues no”. Les decía que se pusieran a estudiar. Yo no sé leer, no sé escribir, no sé sacar cuentas, “quisieras que ustedes fueran unas personas que sepan leer y escribir, y que sepan ganar dinero por ustedes mismos y sepan salir adelante por ustedes mismos”. Las únicas que veo que sí le meten muchas ganas son las mujeres, los hombres no. Ellas, desde chiquitas, me reportaban lo que hacían mis hijos. “Mamá, Mario no está en la escuela, está en tal parte con unos amigos”, “salte de trabajar y vente, o vente a tales horas”. A veces sí lo hacía o a veces ellas no me decían y yo les caía de sorpresa. ¿Cuál era la sorpresa que yo les daba? Pedía permiso dos horas a la hora de la comida, y como daban hamburguesas ahí; yo pedía la charola entera de hamburguesas y se las llevaba. Me salía de trabajar y les llegaba a las siete de la tarde y no había nadie, y eran pleitos porque yo los dejaba encerrados, y eran puros

golpes, ¿no le digo que agarraba la mesa y la volteaba? No estaban en casa haciendo la tarea, y eran pleitos y pleitos. Con Mario una vez hablé: “¿Vas a estudiar, sí o no?, porque me estás haciendo gastar el dinero que me hace falta para otras cosas”. Y me respondió: “No, pues, la verdad ya no quiero ir a la secundaria”. Y ya no tuve fuerzas para más. Mi marido nos había abandonado y yo no podía con todo. Los fui dejando y ahí están las consecuencias.

Y, sin que ella desee admitirlo, le llegó muy tarde la experiencia donde la escuela conecta con un trabajo y una mejor posibilidad de vivir. Lo está viviendo con Rosa Elena, la hija que estudia la universidad. Le llega cuando, en sus propias palabras, se siente cansada y le faltan fuerzas.

—Rosa Elena está en la universidad. En la fábrica en la que trabaja empezó de operadora y la subieron de puesto y le preguntaron: “¿Hasta dónde estudiaste?”. Dijo que prepa y la volvieron a subir de puesto, y había un puesto más alto que ella quería y como ocupaba seguir estudiando, de ahí mismo la sometieron a que se metiera a estudiar. Prácticamente fue la empresa la que la empujó. A ella la han mandado a China, a Taiwán. De la familia, ha sido la que más ha estudiado. Y no crea que no me doy cuenta de lo que importan los estudios, aunque a lo mejor ya es muy tarde porque ya no mando en mis hijos, no tengo manera de meterlos en cintura. Una de mis hijas, la que tiene cuatro hijos, un día le dijo a Rosa Elena: “Rosa, tú que estás bien parada en la fábrica, hazme el paro de meterme en donde tú es-

tás trabajando”. Rosa le contestó: “Tienes que estudiar y tú nada más tienes la secundaria”. Uno de los amigos de ella, un supervisor, la jaló, la metió ahí y le dijo que estudiara, con esa condición la subió de puesto. Y sí, por la misma empresa la están metiendo a estudiar ahí mismo. Estudia la prepa abierta. Esos ejemplos tienen peso, pero no creo, en estos barrios pobres lo que más hay son chamacos en la calle sin estudiar, todos de la edad de mis hijos; casi la mayoría son vagos y drogadic-tos. Prefieren andar robando que quebrándose la cabeza en la escuela. Lo que yo miro y lo que muchos padres miran son a ellos; vienen a vender algo que se robaron allá, o “ayúdame a vender”, es lo que miro. Y son chamaquitos que yo conozco de chicos.

Rosa no es feliz porque su roce con el mundo, más allá de las operadoras de las maquiladoras, le hace ser consciente que la vida puede ser más que trabajar y vivir en ese nido de violencia y miedos al caminar las calles de noche. Ve, en su transitar por la ciudad, otras historias donde la felicidad es más estacionaria, o al menos así lo parece. Le entran por la piel otras vidas, como la de la señora a la que le limpia la casa. Un buen hogar con hijos profesionistas que no andan en la calle arrojándoles piedras o pegándoles batazos a los pandilleros de las otras colonias. Le entra por el pensamiento familias más ordenadas que siempre hablan de expectativas. Entonces, ella no puede sacudirse la tristeza; entonces ella no puede dejar de preguntarse si su esfuerzo fue el correcto y suficiente en su intento de querer formar bien a sus hijos; y entonces no le

queda sino balbucear una reflexión con la cual busca mantener el ánimo.

Y el comparar su vida y la de sus hijos con otras familias le es inevitable. Como no trabaja en un hospital y no se enfrenta al crucial dolor que provocan las pérdidas y las enfermedades que deterioran los cuerpos, no se puede dar cuenta hasta dónde una vida con salud es una fortaleza. Lo que ve es que en la misma ciudad hay muchachos que no se agarran a batazos con otros; ve que el padre no le grita al hijo y la madre no acusa de prostitutas a las hijas; ve, aunque le duela reconocerlo, que las escuelas y la universidad algo hicieron con esos muchachos que, en apariencia, parecen ser más felices que los suyos.

### **Referencia**

Pennac, D. (2009). *Mal de escuela*. España: Random House Mondadori.



*Rosa no es feliz porque su roce con el mundo, más allá de las operadoras de las maquiladoras, le hace ser consciente que la vida puede ser más que trabajar y vivir en ese nido de violencia y miedos al caminar las calles de noche. Ve, en su transitar por la ciudad, otras historias donde la felicidad es más estacionaria, o al menos así lo parece. —AGR*